



MARIA SANTÍSIMA.

IMAN DE LA CRISTIANA DEVOCION.

PARTE TERCERA.

AFFECTOS DEL ALMA AMANTE

DE MARIA.

QUE PERTENECEN A LA VIA UNITIVA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Llora el alma porque no sabe amar á Maria: pide su amor intensísimo y que la enseñe á amar á la Santísima Trinidad, de quien es templo, y la dé ardientes deseos de verla en su gloria.

Oleum effusum nomen tuum, ideo adolescentulæ, dilexerunt te.—Cant. 4. v. 2.

Et absterget omnem lacrimam ab oculis eorum.—Apoc. 7. v. 17.

§. 1.

1 **A**FLIGIDA mi alma delante del trono de tu clemencia llora, y con razon, porque no te sabe amar, ó Madre del hermoso amor. Tú, ó Señora benignísima,

sin duda me amas con un amor grande; y yo, aunque conozco este amor, apenas reconozco este beneficio, y lo pago con amor. Las obras de tu amor son mas claras que la luz del dia; y con todo eso me deslumbran tanto mis infelices tinieblas, que ando á oscuras cuando te busco, y se me esconden los motivos de quererte.

2 Después de tu Hijo Jesus, tú eres en este mundo como aquella fuente patente y manifiesta de la casa de David, que sirve para lavar manchas de culpas y apagar con sus cristalinas aguas el ardor sagrado de las sedientas almas; mas veo que para satisfacer esta sed, es necesario lavar primero aquellas manchas; porque sin gran pureza no se gozan las puras aguas de esta fuente y yo viendo soy tan lamentablemente ciego, que en lugar de buscar para lo uno y para lo otro esta fuente, me divierto en beber de una laguna de aguas negras, turbias y venenosas, solo porque en sus márgenes relumbran unas pequeñas arenas al parecer de oro: con que ni logro lavar mi alma, por ser las aguas sucias, ni el satisfacer su sed, por ser desagradables y dañosas y encuentro la muerte, donde pensé hallar el alivio de mi vida.

3 Ay de mí, que erré el camino de hallarte, ¡oh blanco de los mas puros amores! ¡Oh objeto de las delicias de Dios! Y sobre un yerro de tan malas consecuencias se me ha cerrado la noche: con que á un mismo tiempo me falta luz y camino. ¡Oh amor pro-

pio, que haces andar por senda encontrada á todo amor celestial y bendas los ojos! ¡Oh si yo hubiera oido tus voces, ó estrella mia fulgentisima, que cierto es que no me hubiera engolfado en el mar de mis tinieblas!

4 ¡Tarde te conocí, ó Virgen hermosisima, tarde te conocí, ó Espejo sin manilla! Y así tarde te empecé á amar, y estoy aun tan á los principios, que apenas he pasado los rudimentos de este amor; y siendo tan dulce y delectable este arte, no lo acabo de aprender. Trabajé por amaros y es mi mayor trabajo no acabar de amaros: porque no acabo conmigo mismo de vencer mi propio amor. Es pequeño el vaso de mi corazon y no caben en él mi amor todo de tierra, y tu amor todo de cielo, por ser cosas muy opuestas y estremos muy distantes.

5 ¡Oh si venciera yo este amor mio terreno, para dar lugar al tuyo! Mi propia resistencia es mi mayor dificultad, superior á la subida de los mas altos riscos. El vencimiento de ésta seria mi mayor trofeo; mas veo, que victoria tan grande no la puedo conseguir, si no viene de tu mano, (cuyo amor solicito) que puede fácilmente allanar estos ásperos y encumbrados montes. ¡Oh Señora mia, cuánto he errado hasta aquí! ¡A cuántos bienes y gracias ha puesto impedimento este negro amor propio! O quiera tu dignacion que resplandezca sobre mi cabeza tu rutilante antorcha, para que ahuyentadas mis tinieblas, conoz-

ca el objeto digno de mi amor y ponga todos los medios para conseguirlo. Levántame velozmente del profundísimo abismo en que estoy caído, y volaré á ti en alas de amor para hallar el de Dios.

S. II.

6 ¡Oh amor sagrado de MARIA, templo del divino amor! ¡Oh fuego dulce, ó llama amorosa, consume mi terreno amor y entra tú en su lugar, para que muerto al mundo, viva nuevo Fénix para Dios! Muestra mi amargo amor, que tantos males me ocasiona, y ven tú que eres puro y salutar, y sus efectos son de vida eterna. Muera el traidor que quita el trono del corazon á su propio dueño, y viva MARIA, Reina de los corazones.

7 A Reina y Madre mia, ocupa mi pecho con tu amor celestial: para que no se me atreva la plebeya turba de los mundanos amores. Dame á beber de este néctar séráfico, hasta que mi alma se embriague. O incendio meliflúo, quién viviera en tí todo transformado, como el hierro penetrado de un ardiente fuego, ó como la exhalacion que vuela en alas de resplandores.

8 ¡Oh MARIA, cuya caridad es mas dulce que la miel, mas suave que el bálsamo, mas fuerte que la muerte! ¡Oh cuán poderosamente aprisionas al alma, cuando en ella introduces este fuego santo, cuyas cadenas le dan la verdadera libertad! ¡Qué dulcemen-

te atónita se halla á vista de tu semblante hermoso! Allí se desaparecen los deseos terrenos, duermen las pasiones, huyen los enemigos y está como en su gloria.

9 ¿Qué otra cosa puede desear el alma mas que hallarte á tí; porque el que te halla, halla la vida y la salud del Señor? Halla la vida, porque halla la vida eterna. Halla la salud del Señor, porque halla á Dios, de quien pende su salvacion. Halla á la Santísima Trinidad, de quien eres templo séráfico: esto es ardiente y flamífero; y tambien cielo Empíreo; esto se de fuego, de amor divino.

10 ¡Oh Madre mia, maestra del divino amor, enseñame á amar á la Santísima Trinidad, á quien tú tanto amaste y cuyo honor y gloria siempre solicitaste agradecida. Enseñame á amar al Padre, que te dió el poder; al Hijo, que te dió la sabiduría; al Espíritu Santo que te comunicó el amor.

11 Dios te salve, cándida azucena de la resplandeciente y siempre tranquila Trinidad; rosa brillante de la amenidad celestial, de quien quiso nacer y apacentarse de su leche el Rey de los cielos. Apacenta, Señora, mi alma con divinos influjos. Dios te salve, corazon virgíneo de la Madre de Jesús, cotazon purísimo, humildísimo, devotísimo, fervorosísimo, pacientísimo, fidelísimo, diligentísimo y muy solícito en la oracion y contemplacion de la grandeza y soberanía de Dios.

§. III.

12 Ruégote, Señora dichosísima, que me hartes de esta sabrosísima comida, de este preciosísimo manjar del amor divino, y llenes mi alma de deseos de ver y gozar una Magestad tan amable. ¿Cómo puede descansar mi alma fuera de su centro? Si las piedras lo buscan, ¿qué será los corazones?

13 ¡Oh mi Dios, y qué violento estoy fuera de tí! ¡Oh mi Dios! ¿qué quietud hallar puede este elemento mio, sacado de su esfera? Yo vivo como un navegante, que surca este mar bravo del siglo entre sirtes y ondas, ¿cómo no suspiraré por tí, que eres el puerto de esta pobre y flaca navecilla? ¡Oh Trinidad divinísima, que me criaste á tu imagen y semejanza! ¿cuándo veré tu hermoso rostro, cuya vista es la esencial bienaventuranza? ¿Quién no deseará conocer de cara á un tan grande é insigne bienhechor, cuyo ser es sin principio y cuyo dar es sin fin?

14 ¿Cuándo gozaré este hijo Pródigo de tus dulces brazos? ¡oh Padre amorosísimo! ¡Oh Verbo de Dios, deseo de los collados eternos! ¿cuándo te alabaré y amaré sin zozobras en el seno de tu eternidad? Todos mis miembros, potencias y sentidos claman por tí, para decirte á voces en tu mismo rostro: *Señor y Dios mio, ¿quién hay semejante á tí?*

15 ¡Oh Padre Eterno, que entregaste á la muerte á tu Unigénito y querido Hijo por el rescate de este vil esclavo, ¿cuándo pagaré esta fineza y dignacion con loores eternos? ¡Oh Verbo encarnado! ¿cuándo adoraré presencialmente tus llagas gloriosas, y besaré mil veces tus piés fatigados y enclavados en otro tiempo por mí? ¡Oh Espíritu Santo, amor esencial del Padre y del Hijo! ¿cuándo seré abrasado en tus incendios eternos? ¡Oh patria de los bienaventurados! ¿cuándo veré tus ricos palacios de diamantes y záfiro, y viviré en compañía de tus nobilísimos ciudadanos?

16 ¡Oh MARIA, que supiste amar á Dios mas que ninguna pura criatura, dad vista á estos deseos míos, tanto mas muertos ellos, cuanto mas yo vivo! ¡Oh vida miserable la en que moro, tanto mas amada, cuanto mas penosa; tanto mas apetecida, cuanto mas digna de desprecio! Tu palabra, Señora, (como la de Dios, segun el Profeta) es vehementemente encendida y está hecha una brasa; aplicad de ella una sola aspiracion á mis deseos, para que se conviertan en carbonos encendidos.

17 Arda mi llama ante tí, ¡oh Altar de Dios! y en él haré holocausto de mi alma con mis propios deseos. ¡Oh quién te viera ya en el descanso de tu gloria, para que descansaran mis deseos y lograrian la posesion dichosa de su objeto! Sea así, ¡oh Madre mia, Reina mia, querida mia, esperanza mia!

Sea así, y ojalá pase yo presto de este valle de lágrimas á esa santa Jerusalem, donde corre el río de la paz y el torrente que inunda la gloria de los bienaventurados.

Eckeberthus

Apud Richar. lib. 1. cap. 2.

¡Oh magna! ¡oh pia! ¡oh multum amabilis Maria!
Tu ne nominari quidem potes, quin accendas, nec
cogitari, quin recrees diligentium te animos: &
hæc est proprietas olei, (subdit Richar.) quod igni
infusum, ipsum ferventiorum reddit.

CAPÍTULO II.

Muerte de MARIA Santísima, vida de sus devotos.

Vbi es mors victoria tua: 1.—Corinth. 15.
ŷ. 53.

Post te curremus in odorem unguentorum
tuorum.—Cant. 1. ŷ. 3.

§. I.

DESPUES que me vi libre de la inquieta turbación del día y de los cuidados de la pesada carga de mi cuerpo, que agravau al alma, ¡oh Reina de los cielos! hallé descanso en la noche tranquila, mas clara para mí que el día; y convidándome la sere-

nidad del cielo alegremente estrellado, me vino á la memoria la dulzura de tu nombre.

2 Con este tan útil pensamiento y con tiempo tan oportuno desee consagrarlo con sacrificio de alabanzas á tu inmensa grandeza, y empecé á revolver en mi mente tu grande gloria, á meditar tu alteza, contemplar las maravillas de Dios en tí, y admirar tu imponderable Magestad. Y porque hasta aquí, ¡oh excelsa Madre! los misterios sagrados de tu vida fueron de mi entendimiento la materia, de mi voluntad el incentivo, y de mis lábios el asunto de tus elogios, ahora ofrezco á tu grandeza, por debido orden de tu vida la corona de todos ellos en tu muerte, que fué vida, exsalcacion y corona de tus méritos.

3 Venero, Señora mia, lo que en tí resplandee de la divinidad. Venero la gracia, con que te hizo en la tierra objeto de tus agrados, y en el cielo blanco de sus regocijos. Venero tu celsitud y tu admirable felicidad. Tu vida fué bienaventurada, y tu muerte preciosísima. Esta deseaste como vida verdadera de tu vida y como término de tu destierro, que era una muerte para tí. Esta pediste á tu Hijo amado; esta amaste y para hacer tu muerte mas vital, la pusiste en los brazos de la misma vida.

4 De aquí saco la comun moralidad, y es, que la muerte de la vida santa no es muerte sino sueño

y descanso. Es vida verdaderamente feliz y llena de suavidad. Es puerta y escala para una vida mas sublime, gloriosa, bienaventurada y eterna. Es vida para vivir en la patria de las delicias de Dios, donde con vida divina viven sus escogidos.

5 De donde, como tu muerte, no tanto fué muerte, cuanto tránsito gustosísimo á mejor vida: por eso no la ocasionó la enfermedad ó el dolor, sino la vehemencia del amor, y deseo de ver á tu Hijo. Este rompió el estrecho lazo de tu santísimo cuerpo y Alma, para volverlos á unir en perpetua caridad. Y así los ángeles no lloraron en tu muerte, porque falló el motivo de la pena, sino cantaron tu triunfo, viendo, que pisando la muerte subías al cielo en carro triunfal de los brazos de tu Hijo.

6 Pero ahora, ¡oh Señora mia! ¿cómo explicaré yo dignamente tus deseos de ver á Dios, antes de tu dichoso tránsito? Descabas aquel infinito bien con un amor ardentísimo. Clamaba la razon ser ya tiempo, que pasase á la dichosa eternidad, la que no nació para la tierra tenebrosa y lloroso valle de miserias, sino para el cielo, patria de luz perenne, y gozo interminable. Ya era tiempo de ver á tu querido cara á cara en su gloria: que es muy violenta la ausencia de un bien grande al amor, que reina.

7 Tiempo era ya de ver y mirar aquella santa

humanidad de Jesus, vestida de resplandores de indecible Magestad, para que te diese la investidura de una gloria eterna. ¡Oh Muger bienaventurada, que mereciste ser vestida de Dios eternamente, por haber vestido de carne á Dios en tiempo! ¡Oh tiempo digno de una eternidad! ¡Oh carne digna de todo un Dios!

8 Con grandes ansias y con suspiros tiernos flechabas de Dios amante tuyo, su ardido corazon. Decíaste amorosa: ¡Oh amor divino! ¿cuándo pasaré á ti á transformarme en tu fuego, porque estoy enferma de amor? De la manera que la cierva herida busca la fuente cristalina, así mi alma te desea y busca. Dios mio, fuente de aguas vivas, de quien, quien bebe, no tendrá sed eternamente.

9 Ea, querido mio, ea, esposo dulcísimo, ea, Hijo de mis entrañas, sacad mi espíritu de la prision de su cuerpo, sacad mi alma de la estrechura de su cárcel, para confesar siempre tu nombre en tu compañía. Mejor me es morir, que vivir; porque viviendo muero, y muriendo vivo. Pero Dios mio, cuya voluntad es el norte de mis deseos, no se haga como yo quiero, sino segun tu querer.

§. II.

10 ¡Oh dulcísima Madre! ¡oh amorosísimo dueño mio! ¡Ay, que nos quieres dejar! A tu Hijo caíñas; volar al cielo deseas; el Reino eterno te a-

guarda; sus cortesanos te buscan. ¡Ay de nosotros, que quedamos huérfanos en esta tierra infeliz, en este mar de amarguras! ¡Ay de nosotros que por todas partes nos rodean tigres, lobos, sierpes y dragones, ¿qué será de estos tus pobres hijos, entre tantos peligros de perderse? ¡Ay de nosotros, si por nuestra infelicidad, merecemos experimentar duros dolores en este mundo, y duras penas en el otro! Pero no: que sube á los cielos nuestra Abogada; sube nuestra Madre, nuestro refugio, nuestra esperanza; sube para hallarnos el paso y prevenir el lugar de nuestro descanso.

11 Sube, pues, Virgen feliz, Virgen dichosa, Virgen pura, Virgen santa. Sube, que te llama á la patria el galán de los hombres, tu amante Jesús. Levántate, dice, y camina apriesa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, ven, que ya pasó el invierno, se liquidó el granizo, se deshizo el nublado. Ven del Libano. Esposa mía, ven del Libano, ven, y serás coronada de la cumbre de Amaná, de la cima de Sanir y Hermon, de las cuevas de los leones, de los montes de los Pardos. Heriste mi corazón, hermana mía Esposa, heriste mi corazón, con la vista de tus ojos y con las saétas de oro de tus rubios cabellos.

12 Ea, alégrate, Señora, regocíjese tu espíritu: que el Rey del cielo desea tu hermosura. Toda la corte del cielo viene á recibir tu Alma y presen-

taria á la Santísima Trinidad. Reunida tu Alma á su dichoso cuerpo se prepara el triunfo que capitanea tu Hijo Jesús: para que suba con el Señor á su descanso la arca de su santificación. Veo ya resplandecer los cielos y brillar sus astros con luz multiplicada; la tierra se alegra, el mar se serena, el aire se viste de gala; y todas las aves dulcemente gorgorean.

13 Veo bajar á los ángeles con instrumentos mágicos; veo los coros de los justos, que con suave armonía arrojan voces de júbilo, celebrando tu victoria. Veo los Querubines, Tronos y Seráfines, que con solemne pompa acompañan á la Magestad de tu Hijo. Veo, que se ordena una resplandeciente y vistosísima procesion de todo este nobilísimo concurso y que dejando en la tierra las huellas de su gloria, te llevan al cielo, reclinada en el seno de tu amado.

14 Cantan los músicos celestes, canta la milicia seráfica, cantan las supremas inteligencias. ¿Quién es ésta, que sube del desierto inundada en delicias, estrivando en el regaso de su querida prenda? ¿Quién es ésta que sube por los aires como varilla de humo confectionada de especies aromáticas, de mirra é incienso y de los demás olores mas fragantes? ¿Quién es ésta que se levanta como dorada Aurora, bella como la Luna, escogida como el Sol y terrible como los escuadrones bien ordenados?

15 Veo tambien, que al llegar al cielo, sus puertas de diamante se levantan y sus muros de záfiro caen, para hacer patentes á su Reina los tesoros de la gloria. Veo aquella innumerable multitud de cortesanos con ropas candidas, mas resplandecientes que siete veces el sol; que te corteja con palmas en sus manos y rinde sus corazones. Oigo sus voces de aplauso y cánticos de alabanza, con que te celebran, diciendo: *Santa, Santa, Santa Maria Madre de Dios, Virgen y Madre admirable.*

16 Con este universal aplauso te llevan por aquellas capacísimas calles todas de oro bruñido, salpicadas de diamantes, de záfiro, de rubíes, de esmeraldas, topacios, carbuncos y jacintos, hasta llegar á las puertas de la casa de la individua agustísima Trinidad. Entra tu excelentísima Persona por aquel real y magnífico palacio, (hablando á nuestro modo) y pasa sus grandes salas; y últimamente, es introducida al retrete y solio de las divinas Personas, que te esperan con indecible gozo y reciben en sus brazos, el Padre como á Hija, el Hijo como á Madre y el Espíritu Santo como á Esposa, cantando entonces la música angélica, aquel dulce y famoso motete de tu pureza: *Toda hermosa eres, amiga mia, y mancha no se halla en ti. Y cogiéndote la mano el divino Paraceto, Esposo tuyo, te dice: Ven y serás coronada Esposa mia.*

§. III.

17 ¡Oh Madre admirable! ¡oh Virgen feliz! ¡oh Santa! ¡oh meliflua! ¡oh hermosa MARIA! ¡Oh Sagrario divino de Dios! ¡oh venerable! ¡oh jocunda! ¡oh suave! ¡oh dulce! ¡oh graciosa! ¡oh grande! ¡oh excelsa! ¡oh sublime! ¡oh rica! ¡oh gloriosa! ¡oh alegre! ¡oh fragante! ¡oh amable! ¡oh benigna! escucha mis ruegos, atiende á mis voces. Ahora te hablaré con alegría de corazón y te invocaré en el gozo de mi espíritu.

18 ¡Oh Virgen bienaventurada! ¿quién podrá cantar las glorias de tu Asunción? ¿Quién tu exaltación en la casa del Señor? ¿Quién la dulzura de tu muerte temporal, por donde pasaste para la vida eterna? ¿Quién el triunfo de tu Resurrección, en que pusiste á tus piés la muerte hecha despojo de tu invencible mano? Concédeme, Señora benignísima, alguna partecita de tu gloria y de tu gozo, y que á mi muerte acompañen las memorias de esta tu grande dicha. Sea mi muerte para entrar en el gozo de mi Señor y de mi Señora, sin que sus horrores me atormenten, ni sus amarguras me inunden. Recibid en aquella hora mi espíritu en paz, que pueda decir con el profeta: *Me he regocijado en las cosas que me han dicho: venimos á la casa del Señor y de la Señora.*

19 Pero ¿qué dirá mi ruda lengua? ¿qué medi-

tará mi torpe entendimiento de la fiesta de tu gloriosa y triunfal coronacion? Colóquese tu trono sobre todos los coros de los ángeles y justos á la diestra de tu Soberano Hijo, asistiendo á esta gran funcion todos los ejércitos de Dios, capitaneados de los siete magnates serafines asistentes de su trono. Ocupó aquella gran plaza de la celestial Jerusalem toda la gloria de Dios con gala bizarrísima y con voces de imponderable aclamacion, fuiste sentada en el sólio, coronándote el Altísimo de su propia mano con corona digna de tu suprema dignidad.

20 Entonces dijo el Señor á aquella innumerable multitud de cortesanos suyos: "Esta es la Emperatriz de los cielos, digna de toda honra. Esta es mi Hija, en quien mucho me he agradado. Esta es la Madre de mi Verbo, á quien dió carne humana para redencion del mundo. Esta es la Esposa de mi Espiritu, con cuya sombra nació de ella el Sol de Justicia, para vida y salud de los mortales. Adórenla todos los coros del cielo."

21 A esta voz se humillaron y bajaron sus cabezas los collados de la eternidad, arrojaron postradas á tus piés las diademas las primeras Inteligencias; te adoró toda la corte del cielo, tributando loores y alabanzas debidas á tu grandeza, y dando la gloria al Padre Omnipotente, dijeron: *Con gloria y honra la coronaste y la constituiste sobre las obras de tus manos.* Todo es admiracion el cie-

lo, todo aplauso. Todos celebran tu Magestad, tu gloria, tus privilegios y los atributos de tu excelentísima dignidad.

22 Ruégote, Señora mia, por tu escaltacion, por tus inenarrables prerogativas y por la infinita bondad de Dios, que te coronó liberalísimamente con abundancia de sus dones. Ruégote, por el inefable gozo que recibió tu alma, cuando fuiste coronada con gloria y honor por las tres divinas Personas. Y últimamente, te ruego por la grandeza de tus misericordias, que me hagas digno de verte en el Paraiso: donde en compañía de tus devotos te alabe eternamente.

23 ¡Oh estado dichoso de los que merecen tu presencia en el reino de tu gloria; donde no domina la muerte, sino la vida, donde no hay noche ni tinieblas, sino un perpetuo dia. ¡Oh clementísima! ¡oh carísima! ¡oh deseadísima! Virgen Maria, tú vives en el reino de la verdadera vida, vida gozosa, vida inculpable, vida de luz y vida sin fin. Tú eres la vida de nuestra esperanza. En ti esperamos los que deseamos ver tu hermosura y vivimos aun muriendo en este destierro. ¡Oh quiera tu piedad, que salgamos de él con victoria de nuestros enemigos, rompiendo la cabeza del dragon y con la palma de nuestro triunfo dada de tu mano! ¡Oh Virgen amantísima, no me niegues tu vista en la postrimera hora de mi pobre y triste

vida. Concédeme este don tuyo gratuito y libéral para que yo pase con seguridad y ánimo tranquilo el trance de mi muerte. En tí, Señora, confío, para no ser confundido eternamente.

Alanus.

in. cap. 1. Contic.

Curremus non stabimus dilectione in via mundi, sub umbra sæculi, aut phantasia terrestris oblectamenti: sed curremus bene operando, & de virtute in virtutem benè ascendendo.

CAPÍTULO III.

Desea el alma ver cara à cara à su dulce Reina,
y llora por su destierro, donde carece de su vista.

Hæc mihi quia incolatus meus prolongatus est. Psalm. 119. v. 5.

Ostende mihi faciem tuam. Cant. 2. v. 14.

§. I.

1 **D**ÉSPUES que tú, ¡oh eminentísima Emperatriz de los cielos, auxilio y consuelo de los miserables hijos de Eva, desterraste el nublado de mi tristeza y recreaste mi alma con el refrigerio suavísimo de tu dulce benignidad, uniste à ella una fuerte espe-

ranza en tu amor y colocaste una firme y poderosa confianza en tu misericordia!

2 Con esta benignidad y amor satisfecha mi alma, y recreada vive como en el monte Olimpo, de tu tranquilo pecho, segura y descansada, buscándote amorosa, suspirando por tí y meditando día y noche tus grandes misericordias; y te desea hallar y andar à tu sombra, aun cuando te posee. Porque es fácil perder un bien tan amable, en los peligrosos lances del mar de nuestra vida: que siempre está de guerra, é ignora que sea bonanza.

3 Al horno de tu amor desea aplicarse este mi helado corazón. ¡Ojalá lo hieran tus saetas. Ojalá lo dispierten del letargo, en que vive, ó mejor diré del letargo en que muere. ¡Oh Madre mía! ¡oh piadosísima, amorosísima, hermosísima! ¡cuándo me receré tener un grande amor tuyo, un amor ardiente, un amor fervoroso, que derrita la nieve de mi pecho? Y si mi mísero destierro y el gravoso peso de mi cuerpo, impiden estos seraficos incendios, muera yo para amarte, si vivo sin amarte de esta suerte.

4 ¡Oh, cuándo veré tu rostro bello! ¡Cuándo seré digno, de que me miren de cerca tus ojos amorosos? ¡Cuándo asistiré en tu presencia, como aquella flor hermosa, que sigue al sol y le mira desde su claro Oriente? ¡Quién me dará alas como de paloma y volaré y descansaré en la region di-

chosa de tus hijos? ¿Quién me llevará á aquella ciudad murada de diamantes y záfiro, donde vea cara á cara tu brillante esplendor y la Magestad de tu gloria? De la manera que la ciervecilla herida corre á la fuente clara, así mi alma desea correr á tí.

5 ¡Oh MARÍA, Reina escelsa, Madre amable, fuente hermosa, á tí te desea mi alma! ¿Cuándo descansará mi deseo en tu posesion? Muéstrame tu hermosura, ¡oh belleza divina! ¡oh rostro de Dios vivo! ¿Qué puedo desear fuera de tí? pues en tí se halla Dios como en su trono, como en su gloria y quien verdaderamente te halla, no puede dejar de gozar las puras delicias de la amante Divinidad.

6 Pónme, Señora, en medio de tu corazón y pon el tuyo en medio del mio, para que te posea enteramente. ¿Por qué, Señora mía, me dejas en este melancólico valle de calamidades y miserias? ¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro! habite con los moradores de Cedar, tan solo y triste como un peñazo en medio de un golfo, donde frecuentemente reinan las borrascas.

7 Saca, Señora, de esta cárcel de mi cuerpo á mi alma, para confesar tu santo nombre por toda la eternidad. Sácame de esta vida llena de muertes, donde vivo sin vivir, donde muero por morir. ¡Oh vida trabajosa, vida frágil, vida incierta, vida vana, vida inmunda, sin mas ser que el de la sombra de

una cosa soñada! ¡Oh vida, madre de engaños, norte de ambiciosos, centro de soberbios, hechizo de lascivos, imán de pecadores! ¡Oh vida llena de necesidades, de ocupaciones inútiles, de empeños locos, de falsos bienes, donde á cada paso se encuentran tragedias é infortunios. ¿Quién suspira por tí, y no por la vida inmortal, vida feliz y vida eterna? ¡Oh MARÍA, sácame de esta vida, donde son mas las muertes que los momentos del vivir!

§. II.

8 Pues lo-dicho es así, ¡oh Madre de consolacion! no sin razon pido el salir de una vida tan amarga, de un destierro tan penoso. Muévate Madre benignísima, á otorgar mi petición, sino el mérito de mi amor á tí, á lo menos mis peligros. Vea yo aquella vida verdadera, donde tú derramas con abundancia tu dulzura sobre tus devotos. ¡Ay de mí hombre infeliz! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? Es mi vida una muerte con cuerpo, que sirve de sepulcro al alma; ¿quién puede vivir muriendo? ¿Quién no muere en sepulcro tan hediondo? Si hallé gracia en tu acatamiento, ¡oh MARÍA! muéstrame tu rostro, y hallaré la verdadera vida.

9 ¡Oh fuente de vida! ¡oh manantial de gozos perennes! ¡oh diluvio de suavidad! ¿cuándo me hartaré de tu dulzura? ¿Cuándo dejaré la miserable morada de esta tierra tosea y yerma? ¿Cuándo me

veré libre de la habitacion de estos montes del Gelboé secos y despoblados, donde no cae la lluvia á rocio del cielo y seré trasladado á tu santo monte Sion, donde el ímpetu y avenida del rio del gozo inunda la ciudad de Dios?

10 ¡Oh Señora! para ver á tu Hijo y gozar de su gloria y de la tuya, me crió la Omnipotencia y desde los primeros alhores de mi infancia camino por el desierto de este mundo lloroso en busca de mi centro y de la tierra de promision: Jesús es mi centro y tú la tierra prometida, que es el Paraiso, vea yo mi centro y entre yo en mi-Paraiso.

11 ¡Oh Madre mia! ¿quién corriendo los mares espuesto á los riesgos de sus ocultas sirtes, no procura llegar cuanto antes en plumas de los viento al puerto deseado? ¿Quién no desea el término de un viaje largo, cuando el camino es por montes y desiertos abundantes de fieras y ladrones? Así yo cansado caminante, nada deseo mas, que el descanso de tu casa: donde en raudal de tus sagrados deleites apague la ardiente sed que me ha ocasionado mi fatiga y prolija peregrinacion.

12 ¡Oh fuente alegre y risueña! ¡oh rio de aguas de vida! ¡oh mar de piedades, déjame beber de tus amenas corrientes, déjame anegar en el profundo de tus inmensas suavidades! ¡Ay Virgen amabilísima! ¡ay Madre admirable! ¡ay consuelo de estos miserables desterrados! sed tengo y de tí la tengo, por-

que tu inefable dulzura, es de mi sed incentivo necesario.

13 Los elementos padecen fuerza fuera de su esfera y corren con grande ímpetu á su centro: tú, Señora, eres despues de Dios el centro de mi espíritu y no puedo descansar sino es en tí, en cuyo corazon vive la Divinidad como en su centro: porque tú eres el dia, en que descansó de su tarea el Criador, cuyas delicias son estar con la mejor de las hijas de los hombres. Por eso clamó á tí, doy voces y arrojé suspiros. ¿Cuándo pareceré delante de tu cara y veré la lumbre de tus ojos? Veáto yo, alegría de mi corazon, y ámete en los admirables tabernáculos de mi Dios. Conózate yo, consoladora mia, en tus átrios santos, donde vea tu grande claridad.

14 El hambriento desea el manjar para hartar su hambre y el sediento los arroyos para matar su sed: pero yo, dulce Madre mia, deseo ardentemente los manjares de tu mesa del cielo, que se dan en la cena grande del Cordero, sin los cuales aun harto tengo hambre; y tambien beber de aquella agua, que da vida eterna, sin la cual no puede morir mi sed, ni cesar el ardor de mi pecho.

15 Hálette yo, deseo de mi corazon, hálette yo Madre deseada, enlace yo mis brazos en tus bellos piés y sean tus plantas peana de mis labios: ya que no merecen tus brazos la pequeñez del amor y el

grosero olvido de su obligacion de este tu hijo Pródigo. Poscate yo eternamente, ¡oh dueño mio! puesto á tus piés como tu esclavo dichoso con tan gloriosa esclavitud. Póngate yo enmedio de mi corazon y sea este el asiento de mi amabilísima Reina.

§. III.

16 Por ventura, dulcísima Madre, ¿no he de ver yo este dia, dia de gozo, de júbilo y de fiesta, en que merezca, por tu dignacion, la preferencia de mi amada? Posible es á tu piedad, que llegue esta dichosa hora y hermoso dia, que hizo el Señor. ¡Oh dia hermoso! ¡oh dia deleitable! ¡oh dia de triunfo, que ignoras la tarde y no te sepultan las sombras de la noche! Todo eres mañana de inmortal y eterno resplandor. ¡Oh dia felicísimo y deseadísimo, en que espera tu siervo oír de la boca de tu misericordia estas dulces palabras.

17 Hijo mio, entra en el gozo de tu Señora, entra en el júbilo de tu amada, entra en la casa de tu Madre, donde se celebran los desposorios del Cordero; en cuyo convite se sirven platos de infinita suavidad, la cual ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, ni puede el hombre comprender. Allí se saciará tu gusto con los sabores de la gloria; y llenarán los deseos de tus ojos con espectáculos de su-

ma grandeza, hermosura, suntuosidad y magnificencia.

18 ¡Qué mayor felicidad que esta se puede imaginar! ¡Oh bienaventurados tus siervos, que vivirán eternamente en tu compañía! ¡Oh qué gozo y alegría inundarán mi alma, cuando se vea en tu Reino, donde reinas á la diestra de tu Hijo, cercada de variedad de gracias, prerogativas y virtudes, de que participan tus escogidos hijos. ¡Oh Madre de la gloria! ámote, y mi corazon anhela por tí y no descansará dia y noche hasta hallarte en aquel dia grande, que es el de la abundancia de tus misericordias.

19 O hermosa, ó graciosa, ó dulce, ó amable, ó liberal, ó gloriosa, no hay gusto que no se halle en tí, no hay bien que no se gace en tu compañía. Este es el lugar de la posesion de los que te aman, ó MARIA. ¿Cómo viviré alegre sin tí en esta vida triste y turbulenta? ¿Cómo no suspiraré por tí continuamente? ¿Cómo sosegaré hasta verte coronada de gloria y magestad? Para ver la entrada en su corte y coronacion de una reina de la tierra, se deshacen los hombres en deseos, se despoblan los pueblos y conspiran al lugar de la solemne pompa una infinidad de gente: ¿con cuántas mas ansias te desco yo buscar y suspirar por tí hasta verte en el cielo, que es tu corte, ó Reina y Emperatriz de todo el mundo?

20 Tú con tu vista alegres y clarificas á la ciudad

de Dios, y haces dichosos á sus habitantes. ¿Quién no te deseará con ardiente sed por gozar esta dicha y ver un objeto tan amable? Tú tienes hechizados los corazones humanos y los atraes á ti con cadenas de amor. ¿Quién, si no es mármol, dejará de rendirse á este poderoso imperio? Tus finezas, tus piedades, tu dignacion, tu belleza, tu humanidad, tu benevolencia me tienen cautivo. ¿Como no volaré á ti con las alas de mis deseos?

21 Ea, Madre mia, ea gloria mia, ea dulzura mia, ea melodia mia, cesen ya mis ansias, cesen mis suspiros, vea yo tu alegre semblante; sácame ya de mis males, llévame á tu Hijo y preséntame al trono de su clemencia; para que yo alabe eternamente las misericordias de tal Hijo y de tal Madre.

S. Bernardus
super Salve Regin.

1) Domina, quæ rapis corda hominum dulcore: non ne cor meum Domina rapuisti? Vbi, queso, posuiste illud, ut ipsam valeam invenire.



CAPÍTULO IV.

De la hermosura de la Señora del cielo.

Quam pulchra es amica mea, quam pulchra es!—Cant. 4. v. 1.

Pulchra ut Luna.—Cant. 6. v. 9.

§. 1.

1 Como el Divino Espiritu quiso dar á conocer tu hermosura, ó gran Señora y Madre nuestra, á los que vivimos en la noche de este triste mundo, cercados de las tinieblas de la ignorancia la comparó, á la belleza de la luna, la cual campea y se deja ver entre los demás ástros, en medio de una noche muy serena. Y á la verdad, á los que vivimos entre estas negras sombras, ninguna cosa se representa mas bizarra, airosa y resplandeciente que la luna, la cual mostrando su semblante lleno, claro y magestuoso, y esparciendo por todo el emisferio sus apacibles rayos con que embarga los de la estrellas, hace que sola ella sea la admirada de nuestros ojos.

2 Mas como quiera que tu hermosura sin comparacion superior á la de este planeta, y tan escogida y singular entre todas las criaturas, como lo es el sol en su universal lucimiento, pasó adelante la comparacion, asemejándote al sol, *electa ut sol*, para que fuera mas conocida y celebrada de otros ojos mas valien-

tes y claros, que los del cuerpo, cual son los de las almas puras y espíritus escogidos. De aquí nació el repetir dos veces con admiración la grandeza de tu hermosura, diciendo: *¡Que hermosa eres, amiga mía, que hermosa eres!* Eres hermosa como la luna, y singularmente hermosa como el sol: hermosa á los ojos de la carne, y mucho mas hermosa á los del espíritu.

3 Estas dos comparaciones llevan de la mano al discurso á aplaudir las dos grandes bellezas, que contemplan en tí los Santos Padres y Doctores de la Iglesia; y son la hermosura de tu cuerpo y la belleza de tu alma: y en ambas fuiste tan excelente y superior á todas las cosas hermosas, que crió Dios en la tierra y sobre los cielos, que tu devoto Georgio Nicomediense, para mostrar en pocas palabras como estaban en tí epilogadas todas las hermosuras y estremadas bellezas, que se hallan fuera de Dios, exclamó diciendo: “*Oh hermosísima hermosura de todas las hermosuras! ¡Oh Madre de Dios, sumo ornamento de todas esas cosas hermosas!*”

4 Lo mismo insinuó Epifanio, cuando dijo: “*que «ceptuando á solo Dios, eres á todos superior; y «mas bella que todos los querubines y serafines, y todo el ejército de los ángeles. Y Andres Cretense, cuando llamó «simia á tu hermosura, y á ti viva imá«gen del Criador.*”

5 Todos los primores de una y otra belleza tuya encerraron estos insignes levotos tuyos en tan ceñi-

das palabras. Y así es menos (aunque grande) lo que dijo el Nacienceno, llamándote primera Virgen y Madre entre las honestas y hermosísimas mugeres. Y Elren, dándote el nombre de urna bellissima, que lleva el maná del cielo. Y Buenaventura, apellidándote la hermosísima de las mas airosas y bizarras bellezas.

6 O Reina de las hermosuras, ocúltese la luna aun cuando campea mas vistosa en medio de las tinieblas de la noche: pues tu semblante es un dia de inmensa claridad, que no admite otra que la de Dios en su presencia. Póngase el sol á vista tuya: pues con ella padecen mas que eclipse sus resplandores; y los de tu divino rostro bastan á sepultar luces mas brillantes. Corran precipitadas á su ocaso las estrellas: porque en la noche de este siglo y á la luz del otro, solos los dos astros de tus ojos pueden lucir y brillar.

7 ¡Oh Virgen sin «jemplar hermosísima! ¡Oh prototipo de las mas elegantes obras del Omnipotente! ¡Oh grande objeto de la divina idea, que miró ab-aeterno, para emplear en tí el poder soberano de su brazo! ¡Oh obra admirable la de tu creacion, que con empeño enobleció el Criador con todos los primores de la gracia, y de la naturaleza! ¡Cómo explicará mi ignorancia el abismo de tus perfecciones personales, sino hay hermosura criada, que pueda con la tuya compararse? Si todas las arenas del mar, todas las yerbas de la tierra, todos los átomos del sol y to-

das las estrellas del cielo se convirtieran en otros tantos soles, en ninguna manera pudieran todos juntos llegar á ser sombra de tu belleza.

§. II.

8 Todo es borron y sueño cuanto predica hermoso la humana presuncion y adoran los ojos ciegos de la carne. ¡Oh lo que aprecia el hombre ó lo que le enloquece la tez de una pobre criatura, en cuya cara puso alguna especial gracia la mano soberana! De Zeusis se cuenta, que para sacar un retrato estremadamente hermoso de una muger, copió de cinco bizarrisimas doncellas las facciones mas perfectas y relevantes, que se miraban en ellas: y esta imagen fué tenida por el dechado mas vivo y primoroso de las eaducas beldades.

9 ¡Oh Virgen hermosísima, bellísima y clarísima, que grosero fué de Zeusis el pincel, que vana de los hombres la estimacion; si miramos al pincel de la mano Omnipotente, que copió en tí de toda la naturaleza lo mas galan, lo mas bizarro, lo mas airoso; y de toda gracia lo mas perfecto, lo mas primoroso, lo mas excelente! Así como fué espediente, que Jesus tu Hijo fuese en el cuerpo y en el alma el mas bello y aventajado de todos los hijos de los hombres; así tambien convino, que tú Madre suya fueses en las mismas perfecciones la mas preeminente de todas las hijas de las mugeres.

10 Aunque en las cosas visibles apenas se halla semejanza, de donde se pueda rastrear la perfecta imagen de tu hermosura, ó gran Señora; pero ¿de donde sino de ellas mismas podré yo formar la idea de ella, para objeto é incentivo de mi amor á tal Madre, no teniendo mis ojos otras especies, que las de estas sombras: las cuales son solamente escasos simbolos y oscuros borrones de tu exceda é incomparable beldad? Las mismas santas Escrituras te comparan á la Aurora, al Sol, á la Luna y apellidan coronada de Estrellas. Estos astros son de todo lo visible el espectáculo mas bello, y el objeto de la mayor admiracion.

11 Mas ¿quién no admira esta misteriosa junta? Aurora, Sol, Luna y Estrellas son las que componen y atavian la imagen de tu hermosura. Será porque esta á todas luces es admirable y prodigiosa; y á todas horas sirve de consuelo á los que vivimos en este destierro sentados en las tñieblas y sombra de la muerte. Todas las luces de que goza el mundo, se originan de la Aurora, del Sol, de la Luna y de las Estrellas, y todas las horas del dia y de la noche se nivelan por estas luces. Así tu bello sér, ó MARIA, nos comunica luces benignas y apacibles, y horas afortunadas y diéhosas. ¡Oh hermosura fecunda, que en tí resplandeces como un rayo de la divinidad; y para nosotros eres origan de todo bien!

12 Bella Aurora eres, Virgen graciosísima; porque así como la Aurora saca del Sol aquel apacible y

bello candor, con que alegra al emisferio, y precede al nacimiento de este gran planeta como madre suya, que le recibe en sus brazos: así tú sacaste del Verbo tu sér brillante adornado de lucidísimas perfecciones y precediste á su humano nacimiento como Madre de este Sol divino: cuando tomó carne de tus entrañas, y halló nacido trono en el seno de tu virginal pureza. Oh gran Señora, ¿qué sér fué aquel que recibiste de Dios, cuando á Dios diste tan hermoso sér? Y si la forma de este fué un portento de la gracia y de la naturaleza, ¿cuál fué la forma de tu sér? Esta grandeza quiso espresar el Areopagita, cuando habiéndote visto en carne mortal te llamó Deiforme y sobre todos los celestiales Espíritus, Santísima Madre de Jesucristo.

13 Aurora es lo mismo, que auri-hora, esto es hora de oro: y esta logra el alma siempre que merece gozar de tu hermosísima y benignísima presencia; porque en ella halla el oro finísimo de la caridad de Dios y amor tuyo: que es un tesoro de inenarrables riquezas. Esta es la hora dichosa del alma, que verdaderamente te ama, y vale esta hora mas que un siglo dorado. Esta es la hora, en que le franqueas á JESUS, el mas hermoso de los hombres y la piedra imán de los corazones. Esta es la hora, en que se derrite el corazón amante en castos amores de JESUS y de MARIA, y se queja, cuando se ausentan di-

ciendo: ¿Donde está aquel y aquella, á quien ama mi alma?

14 O MARIA, querida mia, Aurora mia, consuelo de mis tristes y funestas horas. ¡Oh que duramente llevo el peso de mis culpas, que ocasionan tu ausencia! O Señora mia amantísima, por ventura, ¿tengo de diamante el corazón, para no sentir con pena tu retiro? ¿Son tolerables los dolores, que me afligen, cuando escondes tu rostro y me dejas en poder de mis contrarios? Ven, ven amada mia, querida mia, Madre mia, ven, ven y trae contigo la dulce prenda de tus entrañas, á quien mi corazón ama y ver desea. Ojalá lo ocupéis todo y hagais Fénix abrasado de vuestro amor, entre fragantes aromas de olorosísimas virtudes.

§. III.

15 Tambien eres Sol hermoso, ¡oh gran muger! En este puso Dios su morada, dijo David. Y tu devoto Cesario Arelatense te llamó Sólío, en que colocó el Altísimo su triunfante Magestad: porque en tí se ostenta la gloria de su poder y el poder de su gracia. Si el sol es vaso admirable y obra del Excelso (como dice la Escritura) por sus eminentes propiedades de lucir, clarificar, producir y desterrar los horrores del mundo: ¿con cuánta mas razon eres tú Sol y vaso portentoso, en quien se manifiestan tan brillantes maravillas del Señor de lo alto?

16 ¡Oh Sol bellissimo, que das luz al mismo Sol, á la Luna, á las Estrellas y á todo el cielo! ¡Oh Sol lucidísimo, que clarificas el aire, el fuego, el mar, la tierra, y penetras con tus rayos hasta lo íntimo de nuestras almas, de suerte, que todo nuestro emisferio está lleno de la gloria de tu luz, y de los efectos de tu hermoso resplandor! ¡Oh Sol esplendísimo y fecundísimo, que produces en nuestros pechos santas inspiraciones, renuevas el verdor de las virtudes, conservas los dones de la gracia, alimentas la humildad, aumentas la caridad, fertilizas la mente, purificas el afecto, quitas la tibieza y frío del corazón, y ablandas su dureza de perdenal haciendo se derrita como cera!

17 Al Sol eligió Dios como Príncipe y Padre de todas las cosas sublunares: y así como alma del universo concurre con su virtud á las operaciones de todas las causas sus inferiores. Pero con modo mas excelente te dió el cielo, atendiendo á tu gran alma, esta presidencia sobre la universidad de los vivientes, sobre la multitud de las especies criadas y sobre los santos y angélicas escuadras. De donde dijo tu siervo Anselmo: “Que como Dios con su poder es Padre, y Dios de todo, criando y produciendo, así tú, ó bienaventurada MARIA Madre de Dios, por tus méritos eres Madre y Señora de todas las cosas; porque por tu medio se repararon y recibieron nuevo lustre; y así despues de Dios eres la primera, y Señora de los cielos, tierra y abismos.”

18 De aquí se infiere, que todos los bienes, dotes y excelencias; que se hallan en las criaturas, por muy nobles que sean, se hallan en ti en grado mas eminente. En ti está la caridad ardentísima de los Serafines, la plenitud de ciencia de los Querubines, la magestad de los Tronos, la fortaleza de las Dominaciones, la nobleza de los Principados, la virtud y poder de las Potestades, el dominio de los Arcángeles, y la pureza de los Ángeles.

19 Eres tambien Luna, aunque de otra esfera superior, por la singular belleza que muestras, y con que ilustras espiritualmente este nuestro siglo tenebroso. Las mismas estrellas, en otro tiempo lucidas se ocultan y desaparecen á vista de la Luna; y todos los astros, por grandes que sean, que resplandecen en el mundo místico de la Iglesia con relevantes luces de especiales prerogativas se sepultan en presencia de la inmensa claridad de tu general hermosura. ¡Cuánta excelencia, cuanta gloria, cuanta bondad, cuanta opulencia, cuanta grandeza, cuanta bizarría se miran en las estrellas, que adornan la república de este gran mundo, tanta y mas en grado sobreeminente se hallan en tí, ó Luna hermosa, de suerte, que aunque las adorna y hermosea tu admirable dignacion, no puede no deslumbrarlas tu imponderable dignidad.

20 ¡Oh mar de gracias! ¡Oh gala y donaire de la humana naturaleza! ¡Oh cara de Dios y hermosura suya como dice tu Agustino! ¡Oh espejo de su

divinidad, en quien esta mira y representa, como significó Basilio el de Seleucia! ¡Oh misterio del cielo y de la tierra, como te llamó Epifanio! ¡Porque en tí se cifra cuanto hay maravilloso, grande y perfecto en la gran máquina del universo!

21 Coronan tu hermosura doce estrellas. La humana belleza, para campear mas, se suele coronar con rubíes, con carbunclos, con esmeraldas, con diamantes, con topacios; mas tu belleza, que es divina, se corona de estrellas para denotar que la diferencia, que hay de una estrella del firmamento á un rubí, ó á un diamante, esa hay de tu hermosura, aun corporal, á la de las demas mugeres. Estrella tuvieron en simbolizar tu hermosura Sara, Rebeca, Raquel, Esther, Abigail, Bersabé, Abisac, Judit; pero si la de cada una de ellas fué como una pequeña estrella, cuando se mira desde la superficie de la tierra: la tuya fué como el sol coronado de estrellas, cuando se miran estos astros en sus mismos cielos.

22 O beatísima Señora, ¿qué lengua, aunque sea querúbrica, podrá explicar la belleza de tu cuerpo y alma, con que el Omnipotente te adornó para hacerte digna Madre suya? Si en esta dignidad escedes á todas las criaturas, ¿cómo no escederás en el adorno proporcionado á esta grandeza? ¿Quién puede comprender la gracia en todo género que encierra en sí este augustísimo nombre tuyo: *Maria Madre de Dios*? ¿A qué persona angélica ó humana dijo Jhesus, sino á

tí: *Tú eres mi Madre, tú me engendraste?* Y ¿qué criatura podrá decir á su Criador: *Mi hijo eres tú, yo te engendré*, si no tú, ó Madre admirable? Esta es una grandeza tal, que solo la puede comprender el que te crió para excellentísimo milagro de su poder, como habla Efen.

23 O Virgen de superior gerarquía y Reina sobremanera maravillosa, gózome de estas tus grandezas, alégrome de estas tus excelentes prerogativas. Doy inefables gracias á la Santísima Trinidad, por las gracias que en tí puso, y dones con que te enriqueció, para consuelo de los mortales. O que alegría para tus pequeños hijos, ver engrandecida á su gran Madre; porque al paso que es inmensa tu gracia y magestad, es indecible tu misericordia, é innumerables los efectos de tu clemencia. Y pues es cierto, que á la medida de gracia es el amor que nos tienes, y la ternura con que nos miras, persigue, Señora, en ampararnos, en libraros de los peligros, en purificar nuestros espíritus, en encendernos con el fuego de una ardiente caridad, que nos haga dignos de la gracia de tu Hijo y tuya. Amén.

Rupertus Abbas.

Libr. 3. in Cantic. cap. 4.

O pulchritudo admirabilis, quam sic admiratur, & collaudat pulcherrimus Autor pulchritudinis. Se-

pten praeconys consideravit, oculos, capillos, dentes, labia, genas, collum, & ubera; & pro singulis dilectis singula decantavit dignae collaudationis capitula laudatur in oculis simplicitas; in capillis cogitationum suarum munditia; in dentibus innocentia, in labiis doctrina; in genis reverentia, in collo humilitas, in uberibus tuis admiranda cum foecunditate virginitas.

CAPÍTULO V.

De la felicísima suerte de los que sirven y aman á nuestra Señora.

Vidit Jacob in somnis scalam stantem super terram, & cacumen illius tangens coelum.
Gen. 28. §. 12.

Qui me incenerit, inveniet vitam. Prov.
8. §. 35.

§. I.

Vengo ya, ó Reina Soberana y Madre mía amantísima, á contemplar la dicha y feliz suerte de aquellos siervos tuyos, que con humilde reverencia solicitan tu amor, te honran y veneran: los cuales, como viven de tu memoria, que es dulcísima, gozan en este destierro algunas prendas de la suerte bienaventurada que les aguarda. Porque estando debajo de tus alas, no

pueden dudar de tu patrocinio en el tiempo de la mayor necesidad, ni de ser conocidos, por la marca de sus frentes, de los ciudadanos del paraíso.

2 Yo verdaderamente me considero en tu presencia como el último de tus pequeños alumnos, y como el menor y el mas indigno de tus esclavos, tolerado por tu admirable dignacion, y acariciado como hijo, solo por tu inefable bondad: la cual gusta, imitando á la de Dios, hacer que entre las tinieblas de mis errores y descuidos, resplandezcan las luces de tus ojos, con que benignamente me miras.

3 O dulzura mía, no te ausentes de mi vista; ni dejes de mirarme siempre. O Señora mía, no te retires de mi corazón; que te desea en todo tiempo amar, servir y venerar, si no como mereces, á lo menos como sufre el estado de mi miserable condicion. O dulce dueño mio, dignate de habitar en mi pecho, dignate de dar vida á mi muerto amor; dignate de dar calor á mis heladas obras; dignate de vivir en todas mis potencias y sentidos; para que todos se alegren en tí, te bendigan y alaben con gran gozo, diciendo: ¿Quién hay, fuera de Dios, semejante á tí?

4 Bien sé, Señora mía, que te deleitan mucho aquellos tus escogidos hijos que comen á tu mesa, y les das á beber del nectar de las celestiales suavidades: porque con la pureza de sus costumbres merecen las especiales muestras de tu amor; y singularmente te arrebatan la voluntad aquellos, que nunca

se dejaron brindar con la dorada copa de la muger de Babilonia. Mas no por eso desechas á los miserables pecadores, que alguna vez fueron engañados de esta encantadora; cuando acuden á tí por la triaca de la sangre de Jesus, que es el único remedio contra el veneno de aquella copa.

5 Por esta razon tengo por dichosísimos á los que te sirven y reverencian: porque traen siempre consigo la marca de tu nombre *Maria* con que gozan de especiales privilegios de inmunidad, y otras gracias, que no son comunes á todos. Esta marca es al modo de una hermosa constelacion de cinco estrellas, que son las cinco letras de tu admirable nombre, en que están cifradas cinco gracias precursoras de la gracia final, que introduce á las moradas eternas á las almas dichosísimas.

6 La primera gracia es la seguridad de tu amor. La segunda, tu particular asistencia con favores y beneficios. La tercera, tu prontitud en socorrer en el tiempo de la tribulacion. La cuarta, tu abogacia delante del Justo Juez, cuando insta el riesgo. La quinta, la dignidad con que honras á tus devotos para la vida eterna.

§. II.

7 La seguridad, Señora, de tu amor es el cimiento y cumbre de todas las felicidades de tus devotos. ¿Qué le faltará á aquella alma, á quien tú, ó *MARIA*, amas?

Que tú, Señora, ames á los que te aman, es constante. Lo dice tu nombre, que es el de Madre del hermoso amor; lo dicen tus obras, que son la mayor prueba del amor; lo dice la práctica de Dios, que tú misma observas, de quien está escrito: (Prov. 8.) *Ego diligentes me diligo*. Yo amo á los que me aman.

8 Mas, ¿qué madre hay que no ame á sus hijos? ¿Y qué madre si es buena, no se compadece de ellos en sus trabajos? ¿Y quién duda, Señora, que tú eres nuestra Madre y buena Madre? ¿Y que la Madre atesora para sus hijos? ¿Y que todas nuestras necesidades te llegan al corazón, como dice Bernardo, y todas tus entrañas se mueven á piedad á vista de un hijo tuyo necesitado?

9 O Madre piadosísima, ó Madre amorosísima. Tú eres mi Madre, y yo soy tu hijo. Mira mis miserias; atiende á mis peligros: muéstrate ser Madre. No es lícito, ó Señora, desamparar á aquel que pone en tí su esperanza, siendo como eres Madre de misericordia. Ni por ser yo pecador, merezca tus desvios: pues clamo á tí de corazón, para que sacándome de la servidumbre de la culpa, me pongas en el número de aquellos tus escogidos hijos, que como los legítimos del Aguila, miran sin pestañear los claros rayos del Sol de Justicia.

10 La particular asistencia, en favorecer y beneficiar á tus devotos, es consecuencia precisa del amor que les tienes. No es tu amor seco, ni de solas pala-

bras. Tu natural inclinacion es de hacer bien. ¿Y á quién mas que á aquellos, que como materia bien dispuesta merecen, que en ellos prenda el fuego de tu amorosa caridad? Si Jonatás, por el amor que tenia á David, no sabia que hacerse por beneficiarlo: que hará tu amor, siendo de tan superior gerarquía y tan poderoso; que te ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, para que puedas hacer cuanto quisieres y fuere de tu gusto. Y que sea de tu gusto el favorecer, lo mostraste bien, cuando dijiste: *Pa-sad á mí todos los que me deseáis, y llenos de mis generaciones.* (Ecl. 24.)

11 La prontitud en socorrer en la tribulacion, nos asegura el mismo amor tuyo y tu imponderable bondad. El Espiritu Santo nos dice (Proverb. 12.) *que el que es amigo ama en todo tiempo, y que el hermano se comprueba en las angustias.* ¿Y quién mas amante de tus devotos que tú? ¿Y quién mejor hermana de nuestro linage? ¿Como es posible, que apartes tus benignísimos ojos de nuestras miserias? ¿Cómo es posible que vuelvas las espaldas á tus hijos cuando están en tribulacion? ¿Cómo negarás tu socorro á tus hermanos en el riesgo? Por eso dijo Teófilo, antiguo siervo tuyo: “O Señora, sé que tú eres la máxima protectora de los hombres. ¿Quién pues, ó inmaculada Virgen, esperó en tí y quedó confuso? ¿Oh equien de los hombres tocó á las puertas de tu clemencia y fué desamparado?”

12 La eficacia de tu intercesion, cuando abogas por tus devotos en el tribunal de Cristo, ¿quién la podrá ponderar? Eres Madre y basta para que tomes á pechos las causas de tus hijos. Eres Madre, que amas con ternura á tus devotos. Eres Madre, que sientes indeciblemente la perdicion de los redimidos por JESUS. Tienes autoridad con el Juez, tienes poder, tienes sabiduría é industria. ¿Cómo no será eficaz é infalible tu abogacia? ¿Un abogado extraño qué no hace por su interes, para sacar libre al reo, por quien aboga, del poder de la justicia? ¿Qué no harás tú por un hijo tuyo reo de eterna condenacion para ponerlo en los brazos de la misericordia?

13 La dignidad para la vida eterna, que por tí obtienen tus devotos, alcanzándoles de Dios la penitencia final, la esperiencia nos la enseña, las historias la acreditan, los siglos la claman, los Santos nos la aseguran. Uno por muchos, tu Anselmo: “O MARIA (dice) tú al pecador despreciado de todo el mundo lo abrazas con materno afecto, y no lo desamparas, hasta que Dios por tí aplacado lo hace volver á su gracia.”

14 ¡Oh mar de inmensa suavidad! ¡Oh piélagos de dulzura! ¡Oh fuente perenne de celestiales deleites! ¿Quién no te amará con estos excesos de amor? ¿Quién no se enamorará de tu hermosura con estos empeños de tanta dignacion? ¿Quién no te servirá pecho por tierra, siendo tan escorbitante el premio de

tu devocion? ¡Oh nimiamente afortunados tus siervos, que comen en tu casa y se sustentan de las migajas que caen de tu mesa, si migajas se pueden llamar las que dan salud y vida eterna! ¡Oh vida bienaventurada, la que gozan los que viven á tus espensas: pues aun en este mundo empiezan á experimentar los gustos del paraíso!

§. III.

15 Ahora si revuelvo en mi memoria tus anales, ¡cuánta es la dulzura y confianza que me dan los ejemplos de suma benignidad con justos y pecadores, y cuánto en ellos se manifiesta la suerte dichosa que tienen contigo tus servidores! ¡Oh Sol hermosísimo que nacistes para consuelo universal del mundo, alumbrando á los que siguen el camino de la virtud y encaminando á los que lo erraron!

16 Acuérdomme, Señora mia, de aquella tu imponderable dignacion con que rociaste los labios de tu mellizo Bernardo con tu leche purísima; y aplicaste tus castísimos Pechos á la boca de tu devoto Fulberco. Tambien me acuerdo de la salud milagrosa que disteis con el mismo celestial licor á dos sacerdotes siervos tuyos.

17 Asimismo me causa, sobre admiracion, consuelo grande aquel celebrado caso de tu estupenda benignidad, cuando diste un anillo tejido de tus dorados cabellos á tu dilecto hijo Fray Alano de Rupe; y te

desposaste, en presencia de muchos santos, con San Hermano, nombrándole José desde aquel día. Lo mismo hiciste con San Edmundo, quien puso en tu dedo un anillo preciosísimo y tú le correspondiste como querida y fiel Esposa.

18 No menos me vienen á la memoria aquellas admirables demostraciones de tu cariño, en que consiste el silicio de Santo Tomás Cantuariense; con que vestiste con una riquísima casulla á San Hdefonso; con que diste á la Beata Paula Florentina el Niño Jesus, para que se regalase con él y probase de sus labios la dulzura de tu leche virginal. Lo propio hiciste con tu querido Fr. Conrado, entregándole en sus brazos, como á otro Santo viejo Simeon, al Infante Dios.

19 Acuérdomme de estos casos y de otros innumerables, y se me derrite el corazon é inundan en lágrimas mis ojos, considerando tu profundísima humildad, tu inefable clemencia, tu estraña dignacion, tu sumo agradecimiento. “Cortesantisima eres, ¡dicte tu «Bernardino de Sena» gloriosa Reina Virgen MARIA, que no puedes ser saludada de los hombres, sin que etú resaludes con la mellifluidad y modo admirable de etus labios.” Bien sé, Señora mia, que saludaste dulcemente y diste las gracias á Adan de Santo Victor, porque te invocó y saludó de esta manera: *Salve Madre de piedad y triclinio de la Santisimo Trinidad.*

20 De la misma manera me admiran y enternecen los singulares favores que hiciste á aquellos pecadores, en quien vivía una centella sola de tu memoria y devoción. Como á aquel ladrón famoso y saltador de caminos de Normandía, que cortada su cabeza por sus enemigos, clamaba á vos, diciendo: *Virgen Santa María, dadme verdadera confesion*; y se lo concediste y salvaste su alma; porque por respeto tuyo ayunaba los Sábados. Y al otro senador rico y poderoso, que se sustentaba de la vanidad y pompa mundana, y escluía del hospedage de su casa á los pobres y peregrinos; y estando para ser condenado á las eternas llamas, acudió á tí como á Madre de misericordia, y por tu intercesion alcanzó lugar de penitencia y mudó sus dictámenes mundanos en los del Evangelio.

21 No menos me es dulce la memoria de la piedad que usaste con un vandolero, que perseguido y preso de unos soldados, lo derrivaron en tierra y dieron á porfia muchas mortales heridas, sin poder acabar de matarlo, porque vos no quisisteis; antes bien, le impetrasteis de Dios que no muriese sin Sacramentos, por haber en su vida ayunado á pan y agua las vísperas de cuatro fiestas principales tuyas, que son: Natividad, Anunciazion, Purificazion y Asuncion. Pero qué mucho que así suceda, cuando haces gala de tu clemencia y tienes en el escudo de tus armas el

Arco Iris y la Oliva, símbolos de la paz y misericordia.

22 Y en consecuencia de ésto, dijisteis un dia á Santa Brigida, que por grandes y muchos pecados que tenga un pecador, si tuviere recurso á tí con todo corazon y verdadera enmienda, con dolor y amor nada fingidos, estabais pronta para recibirle y ampararle: porque no mirabais lo mucho que pecó, sino la intencion y voluntad con que acudia á vos. Y añadisteis estas formales palabras: *Por muy vil y enlodado que venga un pecador, no me desdeno de tocar sus llagas y ungirlos y sanarlos: porque me llamo y verdaderamente soy Madre de misericordia.*

23 Quanto mas, Señora mia, pienso en estas cosas y las revuelvo en mi corazon, tanto mas me deleita el pensar en ellas y meditarlas continuamente. Porque así cobra fuerzas mi amor y suspira por tí y por aquellos bienes inestimables, con que premias cómo Reina magnífica á tus criados. Ojalá merezca yo tus cariños, ó Madre de pecadores. Ojalá sea yo digno de tí, para alabarte eternamente.

24 A tí levanto mis ojos, Reina piadosísima, á tí, por quien suspiran los pecadores y resplandecen en tu casa del cielo los justos, como estrellas, en perpetuas eternidades. Recíbeme á la sombra de tus alas, si no como justo, como pecador arrepentido, como hijo Pródigo, que se acoge al regazo de su Madre, por templar las iras de su Padre.

25 Ea, Señora mia, sea de tí mi continua y perpetua memoria; porque con ella vive mi esperanza y mi espíritu se alienta. En tu amoroso seno reclinare con humilde rendimiento mi cabeza, y en tu Corazon descansará mi afligido corazon. No te olvide yo jamas, Madre mia, que son muchos los riesgos de mi vida, los peligros de mi alma é innumerables los lazos que me arman mis enemigos. Merezca yo sentarme á la mesa de tu dulzura, como aquellos que te sirvieron de corazon. Ábreme las puertas de tu clemencia, manifiéstame el tesoro de tus misericordias, para que pueda entrar en el gozo de mi Señora.

S. Fulgentius
de Laud. Virg. Mariæ.

Facta est Maria scala caelestis: quia per ipsam Deus descendit ad terras, ut per ipsam homines ascendere mereantur ad caelos.



CAPÍTULO VI.

Convidanse todas las criaturas á bendecir y alabar á Maria.

Sacrificium laudis honorificabit me.—Psal.
49. §. 23.

*Benedicite omnia opera Domini Dominæ:
Laudate, & super exaltate eam in secula.*
—Dan. 3. §. 57. translâtè.

§. I.

1 **V**ENID todas las criaturas de Dios á alabar á MARIA Madre de Dios. Venid todas las obras grandes del Altísimo á celebrar la mas alta y grande de sus obras. Venid todos los siervos del Señor á magnificar á la Madre de todos sus siervos.

2 O magina del mundo, ó cielos cristalinos, ó fuego celestial, ó aire trasparente, ó mar inmenso, venid; que es tiempo de alabar á la que dió al mundo en tiempo al Señor de la eternidad. O Señora mia dulcísima, ojalá tributen loores y adoracion á tu nombre todas las criaturas visibles é invisibles, racionales é irracionales, sensibles é insensibles. Y tú, ó alma mia, alaba en compañía de todo el universo á la Emperatriz del universo.

3 O ciudadanos del cielo, ó Espiritus gloriosísimos,

ó supremas Inteligencias, que con continuas voces alabais á nuestro Dios y Criador, diciendo: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria; alabad á MARIA vuestra Reina, diciendo: Santa, Santa, Santa MARIA Madre de Dios, llenos están los cielos y la tierra de la gloria de tu nombre.

4 O príncipes de la gloria, que con dulce armonía cantais sin cesar al Verbo Encarnado aquel motete: Digno es el Cordero, que fué muerto, de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, la gloria, la bendición, la claridad, la acción de gracias, la honra y el poder, sean dadas á nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amen. Decid también á MARIA:

5 Digna es la Cordera de Dios, muerta de composición de la muerte de Jesús de recibir la corona de la inmortalidad. Digna es de ser trono del Verbo de Dios y de recibir el principado de todas las criaturas. La bendición del Padre, la sabiduría del Hijo, la claridad del Espíritu Santo, la acción de gracias de todos los Ángeles y hombres, el honor y el poder universal sea dado á nuestra Reina, por eternidad de eternidades. Amen.

6 Alabad á MARIA, cielos, sol, estrellas, aire, mar, tierra, aves, peces y flores, árboles, collados y montes, viento, yelo y granizo; bestias mansas y feroces, nubes, lluvias y tempestades, leones, corderos y dragones, día, noche, luz y tinieblas.

7 O príncipes del mundo, ó reyes de la tierra y todos los estados del linage de los hombres, engrandeced el nombre de MARIA Madre de nuestro Criador, con voces acordes, con salmos e himnos, con músicos instrumentos, con órganos y cítaras, con liras y torbas, y con todo género de melodía alabadla por mí, ensalzadla, celebradla: que me veo obligado á sus favores y sin fuerzas para satisfacer esta deuda. Suplid con vuestras continuas alabanzas lo que falta de caudal á mi pequeñez: pues sobran motivos al encomio y panegírico en la grandeza de MARIA.

§. II.

8 O Serafines, llamas ardientes del amor divino, alabad á MARIA, Madre de aquel Señor que vino para enviar el fuego á la tierra, que abrasase á los hombres en amor del cielo. Amad la belleza indecible de este claro espejo de la divinidad, que mirais tan de cerca. Enseñadme á amar á MARIA; pues sois maestros del amor celestial. Prendan en mi corazón vuestras seráficas centellas, y haced me transforme de hombre de yelo, en serafín de fuego.

9 O Querubines sábios del cielo, hijos de la eterna sabiduría, alabad á MARIA; pues sois doctos y yo ignorante de sus soberanas excelencias, inteligibles á vuestra perspicacia é incomprensibles á mi rusticidad. O inteligencias sábias en amar, amad á la Madre del san-

to y casto amor; y hacedme partícipe de vuestras luces y llamas amorosas.

10 O Tronos excelsos y levantados, en quien reside de la equidad y justicia; y donde enarbola su blanca bandera la misericordia, alabad á vuestra Princesa MARIA, sólio del Sol de Justicia y asiento agradable de su piedad. Amad á esta gran Madre, de quien nació la justicia y la misericordia, que se dieron ósculo de paz. Haced que mi corazón sea tan puro, que merezca ser trono de Jesús y de MARIA.

11 O Dominaciones Lugartenientes del Supremo Monarca, alabad á MARIA, que está sentada á la diestra de Dios, como Emperatriz de todo lo criado. Ensalza su dominio, poder y nombre; y regocijaos porque es vuestra Señora y ponedme á sus piés, para que yo le pague eterno vasallage.

12 O Virtudes supremas del empyreo cantad las glorias de MARIA prodigiosa: pues es el medio por el cual ejercitais vuestro poder sobre la naturaleza en portentos y milagros. Haced que yo ame con amor encendidísimo á este prodigio de la gracia.

13 O potestades, cuya virtud y poder resplandece en los abismos; de cuyo nombre tiemblan las potestades del infierno; alabad á MARIA que es mas poderosa, y su nombre se adora en los cielos, en la tierra y en los infiernos. Cantad la victoria de esta gran Reina, que triunfó del pecado, de la muerte y del demonio, y haced que me dé su mano para que me ven-

za á mí mismo, y haga irrisión y escarnio de los embustos del comun enemigo.

14 O Principados, á quien encomendó Dios la guarda de las provincias y reinos, alabad á MARIA, y magnificad su suma magestad y la universal Providencia que le dió el Altísimo. Por ella reinan los reyes y los legisladores decretan leyes justas y conformes á la naturaleza racional. Haced con esta gran Reina, que yo sepa gobernar el reino de mis pasiones y que la razón sea el norte de todos mis procederés.

15 O Arcángeles, custodios excelentes de las ciudades y nuncios del Altísimo para los negocios de grande importancia, bendicid á MARIA, y celebradla por todo el mundo; porque mereció la embajada del Padre Celestial, para la Encarnación de su Verbo, haced con esta Señora que me admita en su gracia hasta estar lleno de ella. O Angeles benignísimos, que estais destinados para guardar y defender á los hombres, alabad á MARIA, y entonad himnos y cánticos á mayor gloria suya, y haced que yo la alabe en vuestra compañía eternamente.

§. III.

16 O Santos de la gloria, ó coros de los justos y almas santas; ó Patriarcas y Profetas, Apóstoles, Doctores, Mártires, Confesores, Virgenes, Pontífices, Sacerdotes, Religiosos y Anacoretas, bendicid á MARIA; dad mil loores á esta gran Señora: porque la enrique-

ció el cielo de todos vuestros dones y la hizo mas excelente en prerogativas admirables. Bendicidla, alabada, engrandecidla y cantadla la gala, porque ella es el primor y corona de toda santidad, y hacedme participe de algunos destellos de su luz y de una gota del inmenso mar de sus virtudes.

17 O hijos de Adan, que vivis en el destierro lejos de las delicias del paraíso, alabad á MARIA, invocad su nombre, pregonad sus grandezas y encended vuestros pechos en sus amores: pues por ella respiramos los hombres con la esperanza de mejor fortuna. Entonen nuestras lenguas motetes de bendicion, á la que á boca llena llaman bienaventurada todas las generaciones, y por quien todas las gentes fueron benditas y libres de la eterna maldicion.

18 O cielos, ó planetas, ó estrellas del firmamento, alabad á MARIA; porque es vuestra gloria, vuestro adorno, vuestra gracia, vuestro esplendor. Bendicid su pureza, su maternidad, su imperio, su piedad, su dignacion, su humildad, su obediencia: que esta es la variedad de que asiste rodeada esta Reina á la diestra de Dios. Y estos son los resplandores con que se corona y os ilustra en la gloria de su eternidad y en la eternidad de su gloria.

19 Alabe la tierra á la tierra bendita que produjo al Salvador. Alabe el fuego á la Madre de aquel Señor, que es fuego que consume la escoria de los vicios y acudra el oro de las virtudes. Alabe el aire á la Nu-

be ligera y fecunda, con cuyo riego lleva la tierra ciento por uno de frutos de bendicion. Alabe el mar á MARIA, mar de gracia, mar de hermosura, mar de dolores y estrella del mar.

20 O animales de la tierra mansos y feroces, aereos y acuátiles, alabad á MARIA, bendicid su nombre soberano, rendidle adoraciones: pues por ella vivis para adorno del universo. Depongan en su presencia las fieras su fiera condicion; conviertan las serpientes en triaca su ponzoña y hagan las aves ostentacion de su ligereza y velocidad: que todo sirve á la gloria de MARIA.

21 Formen coro á parte para cantar las glorias de MARIA, los cisnes, los ruiseñores, los gilgueros, los canarios, los colorines y verdolores: que es tributo armónico debido á la Águila imperial que domina en lo alto y fija los ojos para atraer á sí al Sol de la divinidad.

22 Bendigan los monstruos marinos la belleza de MARIA. Enseñen las ballenas á respetar su grandeza; muestren los delfines el agradecimiento que la debemos. Y las salamandras, mariposas y el Ave Fénix, nos den á conocer que morir abrasados en las llamas suaves y fragantes del amor de MARIA, es vivir para eternizarse.

23 ¡Oh MARIA excelentísima! ¡oh cumbre de toda bondad, cuán digna eres de toda alabanza! Venid potencias mías, venid sentidos míos, adoremos á

MARIA, postrémonos á sus piés, confesando su grandeza y Magestad y grandes misericordias. ¡Oh gran Señora, cuyo dominio en los cielos y en la tierra no tiene límite: porque te dió el poder con universalidad el que todo lo puede; cuya bondad, y clemencia es igual á su poder: porque así te hizo Dios para bien nuestro. Á ti se debe todo amor, todo obsequio, toda reverencia, todo aplauso y toda estimacion, despues de Dios. Sea tu nombre en nuestros corazones, en nuestra memoria y en nuestros lábios eternamente. Amen.

Richardus de S. Laur,

Lib. 2. Par. 3.

Moria dicit cum Filio in Psalm. 49. Sacrificium laudis honorificabit me: & illic iter quo ostendam illi salutare Dei; ut est, in laude mea est iter ad aeternam laudem sine fine mansuram.



CAPITULO VII.

Suspiros del alma á MARIA su Madre y dulce dueño.

Oculi tui columbrarum:: vulnerasti cor meum soror mea sponsa. Cant. 4. 7. 1. & 9.

Quis dabit mihi pennas sicut columbe, & volabo, & requiescam. Psalm. 54. 7. 7.

§. I.

1 ¡OH MARIA, MARIA, MARIA, templo de la Trinidad! ¡Oh MARIA, portadora del fuego del amor eterno, administradora de la misericordia, mar pacífico, tierra fructífera! ¡Oh MARIA, carro seráfico del arroyo divino incendio, que escondiste debajo de las cenizas de nuestra mortalidad! ¡Oh MARIA, vaso de humildad, en el cual florece y arde la luz de la santa cogitacion: y por eso agradaste tanto al Padre Eterno: que obligado de tu amor con que heriste su pecho, te dió en prendas de él la mayor prenda de su amor.

2 ¡Oh MARIA, dulcísimo amor mio! A ti recurro y ofrezco mi petición. Ruégote, que á mi corazón y al de todos los fieles conviertas en este fuego; para que sean carbones encendidos con las llamas de la santa caridad. Abrácese yo, Madre hermosísima, con estrechísimo abrazo de dulce amor.